

saba al cura, porque se hubiera olvidado de las provisiones del viaje, y se apresuró á justificarle.

— ¡ Oh ! es culpa mía, dijo ; traía pan y cerezas ; pero estaba tan triste, que no he podido comerlas ; y mirad, añadió cogiendo una cestilla oculta en los trigos, donde se veían en efecto cerezas y pan, ¡ hé aquí la prueba !

— Debéis estar muy fatigada para poder andar, dijo Justino á la niña ; yo os llevaré.

— ¡ Oh ! ; oh ! respondió ; soy capaz de andar todavía una legua á pie.

Los dos amigos no quisieron creerla, y á pesar de sus reiteradas negativas, se adelantaron con los brazos en cruz, enlazaron sus manos, y después que hubieron pasado cada uno de ellos, la elevaron hasta la altura de su cintura, y se dispusieron á llevarla sobre este palanquín de carne humana que los niños designan con el nombre de *silla de la Reina*.

Pero en el momento de ponerse en camino, la niña los detuvo.

— ¡ Dios mío, dijo, qué aturdida soy !

— ¿ Qué hay, hija mía ? preguntó con interés el maestro de escuela.

— Que he olvidado la carta de nuestro cura.

— ¿ Dónde está ?

— En mi paquete.

— ¿ Y dónde tenéis vuestro paquete !

— Ahí, cerca del sitio donde estaba acostaba con mi corona de flores.

Y saltó de sus brazos, atravesó la zanja, tomó su paquete y su corona de flores, y con una agilidad sorprendente, saltando la zanja de nuevo, volvió á tomar su puesto sobre las manos de los dos amigos, que en el mismo instante se

dirigieron hacia la barrera que se distinguía á dos ó trescientos pasos solamente.

CAPÍTULO V.

EL MISTERIO.

La manera con que la huerfanita llevaba su paquete, molestaba la respiración del viejo profesor, contra el pecho del cual se apoyaba.

Así, dijo á la niña que prendiese el paquete de un botón de su levita.

Quedaban la cestilla de las cerezas y la corona de flores que la pobrecilla había trenzado para distraerse aguardando el día, que el sueño no le diera tiempo de esperar.

La miraba sin duda instintivamente como el recuerdo florido de su primera hora de soledad en este mundo.

Justino lo comprendió así al menos, porque en el momento en que la niña, observando que las flores de su corona rozaban la mejilla del joven, hizo un movimiento para arrojarla, mirando sin embargo á sus compañeros de viaje como para consultarles, Justino, cuyas manos estaban ocupadas, cogió la corona entre sus dientes, la colocó sobre la linda cabeza de la niña, y se puso en marcha.

Así adornada, estaba encantadora la pobre criatura ; los trajes negros de los dos amigos hacían resaltar admirablemente la blancura de su vestido y la angélica pureza de su rostro : su frente sobre todo, iluminada por la luna, parecía despedir rayos de luz como la de una criatura celeste.

Se la hubiera creído la joven hermana de una driadá, llevada en triunfo hacia la selva sagrada.

La conversación, interrumpida por un instante, recobró su curso.

Justino no podía cansarse de oír el sonido de la voz armonioso de la niña.

Así es que él fué quien empezó á preguntar.

— ¿Y cuál es la profesión del hermano de vuestra nodriza, hija mía? dijo Justino.

— Es constructor de carros, contestó la niña.

— ¡Constructor de carros! repitió Justino con el acento de un hombre que entreve una desgracia:

— Sí, señor.

— ¡En el arrabal de Santiago!

— Sí, señor.

— Pero, añadió Justino, yo no conozco más que uno en el número 111.

— Creo que debe ser ese.

Justino no acabó; hacia cerca de un año que los talleres del constructor se habían cerrado de repente, abriéndose después para establecer en ellos una cerrajería. Justino no quería decir nada que pudiera inquietar á la niña, antes de asegurarse por sí mismo de que su inquietud era fundada.

— ¡Ah! sí, sí, replicó la niña: más diré; estoy segura de que es ese.

— ¡Cómo! ¿estáis segura, hija mía?

— Sí, yo he leído el sobre muchas veces; se me recomendó que lo aprendiese de memoria por si perdía la carta.

— ¿Y os acordáis á quién va dirigida?

— Ya se ve que sí. « Á Mr. Durier. »

Los dos amigos se miraron, pero sin responder.

Entonces, imaginándose que su silencio procedía de la poca confianza que inspiraban sus palabras, la niña añadió con un pequeño movimiento de orgullo:

— ¡Oh! yo sé leer hace mucho tiempo.

— No lo dudo, señorita, contestó gravemente el anciano profesor.

— ¿Y qué pensáis hacer en casa del hermano de vuestra nodriza?

— Pensaba trabajar.

— ¿De qué clase de trabajo?

— Del que se quiera: yo sé hacer muchas cosas.

— ¿Entre ellas?

— Yo sé coser, repasar, hacer gorras, bordar, hacer encaje...

Cuanto más hacían hablar á la niña los dos amigos, descubrían en ella nuevas cualidades, y se aumentaba más el afecto que ya les inspiraba.

Pronto supieron su historia, que no carecía de cierta misterio.

Una noche del año 1812 se detuvo un carruaje en la Bouille, y bajó de él un hombre que llevaba entre sus brazos un bulto cuya forma era imposible distinguir.

Al llegar delante de la puerta de una casita aislada, situada al extremo de la aldea, sacó una llave de un bolsillo, abrió la puerta, y avanzando en la obscuridad, depositó el bulto sobre una cama, y dejó una bolsa y una carta sobre una mesa.

Después cerró la puerta, subió á su carruaje, y continuó su camino.

Una hora más tarde, una buena mujer que volvía del mercado de Rouen se detuvo delante de la misma casa,

sacó á su vez una llave de su bolsillo, y con grande asombro de su parte, apenas abrió la puerta, cuando llegaron á sus oídos los gritos de un niño.

Entonces se apresuró á encender una luz, y vió una cosa blanca que se agitaba sobre su lecho, gritando y llorando al mismo tiempo.

Esta cosa blanca que se agitaba y lloraba era una niña de un año.

Entonces la buena mujer, cada vez más asombrada, miró en torno suyo, y distinguió sobre la mesa la bolsa y la carta.

Abrió la carta, y leyó con gran trabajo, porque no leía muy corrientemente, las siguientes líneas :

« Mad. Boivin : se sabe que sois una buena y honrada mujer ; esto es lo que determina á un padre, pronto á dejar la Francia, á confiaros su hija.

» Encontraréis mil doscientos francos en la bolsa depositada sobre la mesa : es la pensión del primer año que se os paga adelantada.

» Desde el 28 de Octubre del año próximo, día aniversario de éste, recibiréis de mano del cura de la Bouille cien francos al mes.

» Estos cien francos se remitirán en letras sobre una casa de Rouen, y el mismo cura que los reciba no sabrá de dónde proceden.

» Dad á la niña la mejor educación que podáis, y sobre todo la de una buena ama de casa. ¡ Dios solo sabe las pruebas que la reserva !

» Su nombre de bautismo es Mina ; no debe llevar otro hasta que yo la haya vuelto el que la pertenece.

» 28 de Octubre de 1812. »

Mad. Boivin leyó la carta tres veces, para comprenderla bien después ; cuando la hubo comprendido, la metió en su bolsillo, cogió la niña en sus brazos, y con la bolsa en la mano se encaminó á casa del cura con objeto de consultarle sobre lo que debía hacer.

La respuesta del cura no era dudosa ; dió á Mad. Boivin el consejo de aceptar la niña que le confiaba la Providencia, y de educarla con el mayor cuidado que le fuera posible.

La señora Boivin volvió á su casa con la niña, la bolsa y la carta.

La niña fué puesta en la misma cuna del hijo de la señora Boivin, muerto hacia dos años ; la carta fué encerrada en una cartera donde la buena mujer guardaba las hojas de servicio de su marido, sargento de la guardia veterana ; en cuanto á los mil doscientos francos, fueron metidos en un escondrijo, al cual la señora Boivin confiaba sus economías.

Es de advertir que no se había oído hablar del sargento Boivin.

¿ Había muerto ? ¿ estaba prisionero ? La pobre mujer no había tenido noticias de su marido.

Durante siete años la pensión de la niña se pagó con exactitud ; pero hacia dos años y medio que faltaba, lo cual no había impedido que la excelente mujer tuviese los mismos cuidados por Mina, á quien miraba como su propia hija.

Hacia ocho días que la señora Boivin había muerto dejando al cura el cuidado de la niña, que debía ser enviada á un hermano, constructor de carros de París, á quien no había visto hacía mucho tiempo, pero de cuya honradez no dudaba.

Este hermano se llamaba Durier, y habitaba el piso bajo de la casa número 111, arrabal de Santiago, en París.

Esto es lo que la huerfanita había contado, y lo que los dos amigos sabían al llegar á casa de Justino.

Cuando Justino tardaba en venir, encontraba siempre á su hermana velando y esperándolo.

Esta vez, como siempre, Celeste (este era el nombre de la joven) esperaba á su hermano.

Abrió la puerta al ruido de los pasos, y oyó que la llamaban.

Bajó precipitadamente, y la primera cosa que vió fué á Mina, que le presentaba su hermano.

Maravillada de la belleza de la niña, la abrazó desde luego antes de preguntar de dónde venía.

Después, cogiéndola en sus brazos, la llevó corriendo á la habitación de su madre.

La madre no podía ver á la niña; pero como todos los ciegos, tenía un tacto exquisito; tocó á la huérfana, y se convenció de que era bella.

Se refirió la historia á la madre: Celeste tenía grandes deseos de oír esta historia, pero se le hizo observar que la niña se caía de sueño, y se dispuso á prepararla un lecho en su alcoba.

Esto era cosa fácil.

Se llevó del piso bajo el gran cuadro que servía para las demostraciones de aritmética, se colocó sobre cuatro taburetes, se extendió un colchón, y Mad. Corby bendijo á la niña.

En cuanto á ésta apenas se había metido en el improvisado lecho, cuando se durmió profundamente.

Al día siguiente, antes de la entrada de sus discípulos

en su clase, Justino fué á ver á uno de los vecinos del constructor de carros, que era un carbonero conocido suyo, llamado Toussaint, y le preguntó si podía darle algunas noticias acerca del que había habitado el piso bajo de la casa número 111 antes del cerrajero que la ocupaba ahora.

La casualidad favoreció á Justino; Toussaint y Durier eran amigos. Durier había tomado parte en la famosa conspiración de Nantes y Berard, la cual tenía por objeto la toma del fuerte de Vincennes, que debía hacer estallar un complot urdido en toda la Francia por el comité directivo; conspiración que se había frustrado, gracias á las revelaciones de Berard.

Había sido comprometido, según suponía Toussaint, por un corso llamado Sarranti, que daba gran importancia á tener á Durier por cómplice, á causa de los numerosos obreros de que disponía.

Sucedió que la vispera del día en que debía estallar el complot, en medio de la noche Toussaint oyó llamar violentamente á la puerta de Durier; se puso á la ventana y reconoció al extranjero que desde algún tiempo frecuentaba los talleres del artesano.

Un instante después los vió salir juntos y dirigirse á toda prisa hacia la barrera.

Desde este día, Durier y Sarranti no habían vuelto á parecer.

No era ésta la única acusación que pesase, no sobre Durier, sino sobre el corso; Toussaint había sabido por los agentes de policía que registraron la casa de Durier, que se acusaba además á Sarranti de haber robado á uno de sus amigos una suma considerable que ascendía á cincuenta ó sesenta mil francos.

Gracias sin duda al dinero de que podían disponer, llegaron al Havre con bastante rapidez para poder embarcarse juntos en un buque que se daba á la vela para la India.

Desde este tiempo no se había oído hablar ni del uno ni del otro.

Quizá, añadió Toussaint, se podrían tener noticias tuyas por un hijo de Mr. Sarranti, que era alumno del seminario de San Sulpicio; pero era fácil de comprender la reserva con que contestaría á las preguntas que pudiera hacerle un desconocido, con el temor en que le tenía la grave acusación que pesaba sobre su padre.

Justino trató de llevar más lejos sus investigaciones; pero Toussaint no sabía más.

El joven volvió á su casa, no juzgando oportuno informarse de Mr. Sarranti hijo.

Por otra parte, no le disgustaba que Durier hubiese desaparecido.

Entró pues como hemos dicho, é hipócrita por la vez primera, anunció á su madre y á su hermana *la mala nueva*.

— ¡Al contrario, es buena! contestó Mad. Corby, á quien su hijo había enseñado leyendo el Evangelio el sentido de la palabra *αγγελος* (1); es buena, puesto que es un ángel que Dios nos envía.

Produjo en los tres una alegría inmensa la esperanza de tener en su casa á la encantadora criatura.

Parecía en efecto haber llegado á este período de la vida en común en el que se siente que alimentándose sin cesar de su propia substancia, la intimidad va á disminuir, á falta de alimentos nuevos.

(1) *Αγγελος*; el enviado de Dios.

Experimentaban á su pesar la necesidad imperiosa de rejuvenecerse los tres.

Estaban harto tiempo en medio del diluvio, encerrados en el arca santa; la paloma llegaba trayendo el ramo de oliva.

Se acogió pues con transportes de alegría la idea de guardar la niña.

Y así, esta excelente familia, que apenas tenía lo necesario, consentía en empobrecerse más por la dicha de poseer esta niña.

Según ellos, aumentar con este pequeño ser el personal de la casa, era enriquecerse empobreciéndose.

CAPÍTULO VI.

EL PÁJARO EN LA JAULA.

Adoptada que fué esta resolución, Justino escribió al cura que había tenido cuidado de la niña desde la muerte de la nodriza, una relación exacta de lo sucedido y de los pasos que había dado en consecuencia.

Le anunciaba que en adelante se dirigieran á él y á su madre para saber de la huérfana, puesto que iba á vivir con ellos.

Y como el cura era el único ser sobre la tierra que se interesase ó pareciese interesarse por la niña, se le suplicaba que diese su consentimiento á la adopción de Mina.

La respuesta no se hizo esperar; el sacerdote en nombre de Dios, el grande y casi siempre remunerador de las vir-

tudes, daba las gracias á la buena familia por su santa acción.

Si por acaso tenía algunas noticias del protector desconocido de la huerfanita, quedaba en comunicarlas en el mismo instante al maestro de escuela.

Arreglado este punto, y tranquilizada ya la conciencia de los que se encargaban de la niña, hubo consulta sobre el género de vida que llevaría.

— Yo me encargo de su educación, dijo Justino.

— Yo de su religión, continuó la madre.

— Yo de su ajuar, añadió la hermana.

Después se convino en la hora á que había de levantarse, y en las de sus comidas y estudios; en fin, al cabo de una hora de conversación entre el hermano, la hermana y la madre, la niña estaba indisolublemente ligada con esta familia.

Á tal punto, que si hubieran venido á reclamarla en aquel momento, habrían experimentado un profundo pesar todos estos corazones generosos.

Durante este tiempo, la niña dormía, ignorando que acababa de decidirse el porvenir de su vida, y que iba á habitar en adelante en este humilde pero simpático albergue.

De repente, los sollozos que partían de la alcoba donde estaba acostada, hicieron estremecer á las tres personas reunidas como en consejo de familia.

La madre, que estaba sentada, se levantó: Justino corrió hasta la puerta de la alcoba, y Celeste entró sola en ella. La niña era tan razonable, que parecía ya una joven, y un sentimiento de pudor detuvo á Justino en el umbral.

Lo que hacía sollozar á la niña, no era más que un sueño, pero un sueño espantoso: se había creído presa por

los gendarmes como vagabunda, y lloraba durmiendo; sus sollozos dieron fin al terrible sueño.

Por desgracia al abrir los ojos pudo creer que el sueño continuaba: el aspecto sombrío de la alcoba la oprimió el corazón. ¿Dónde se hallaba sino en una prisión?

¿Qué diferencia entre esta alcoba y el gabinete que habitaba en casa de Mad. Boivin! Es verdad que las paredes del gabinete no tenían papel; pero eran de una blancura deslumbradora; la ventana no tenía las cortinas que adornaban las de Mlle. Celeste, pero en cambio daba á un hermoso jardín lleno de flores en la primavera, de frutos en el otoño, y de sol en el estío.

Quando el tiempo era caluroso, Mina dormía dejando la ventana abierta; y como tenía cuidado todas las noches de echar granos de trigo sobre el pavimento de su habitación, era despertada al amanecer por el canto de los pájaros que gorjeaban en el árbol, cuyas curiosas ramas miraban al casto lecho de la niña.

¡Oh! esta vida, este aire, estos árboles, este sol, estos pájaros, son los que la habían criado fresca y lozana como la flor de la mañana.

Además, esta alcoba, blanca como las paredes de la parroquia, era á defecto de otro punto de comparación, la más hermosa alcoba que la niña pudiese imaginar: ella le recordaba el órgano, el incienso, la Virgen y todas esas solemnidades de la iglesia que tanto poder ejercen en las imaginaciones infantiles.

Mina, aunque despierta, permaneció por un momento en la duda más profunda.

Este joven de carácter grave, este anciano afectuoso que había encontrado, este paseo á la claridad de la luna llevada entre los brazos de dos hombres desconocidos, todo

le parecía un sueño. Asaltóla un pensamiento de arrojarse de su lecho y de asegurarse de la verdad; pero no se atrevió, y al comprender la causa de su sueño, sentóse con melancólico ademán y trató de coordinar sus ideas.

La buena Celeste la halló en esta postura, que un escultor hubiera escogido para una estatua de la Duda.

Dos lágrimas corrían aún por sus mejillas.

— ¿Qué tenéis, hija mía? preguntó Celeste, estrechando á la niña en sus brazos, ¿lloráis?

La niña reconoció la enfermiza y pálida figura de la vispera; devolvió á su nueva amiga el beso que había recibido de ella, y se puso á contarla su sueño.

Después de lo cual Celeste tomó la palabra, y al cabo de algunos minutos la niña estaba al corriente de las averiguaciones de Justino; sabía que el constructor de carros había desaparecido y que la carta del cura era inútil.

— Y bien... ¿entonces? preguntó la pobre niña con voz quejumbrosa y fijando miradas de ansiedad sobre Celeste, la que á su vez sintió que sus ojos se humedecían de lágrimas; y bien... ¿entonces?

Y la niña no se atrevía á continuar.

— ¡Y bien, ahora viviréis con nosotros, hija mía! Tú serás la hija de nuestra madre, la hermana de Justino y mía; y aunque no seamos ricos, procuraremos á toda costa hacerte dichosa.

— ¡Oh! ¡hermana Celeste! dijo la niña abrazándola tiernamente; ¡oh! ¡hermano Justino! añadió extendiendo sus manecitas hacia el joven, que asomaba su cabeza por la puerta.

Justino no pudo contenerse: se lanzó en la habitación y besó las manos que la niña tendía hacia él.

En un momento se instruyó á Mina de la vida que iba á llevar.

¡Ah! no era la vida de aire y de libertad á que estaba habituada en los campos; sus pies iban á olvidar su paseo matinal á través del rocío y de las flores; ya no verían sus ojos aquel hermoso río que susurraba majestuoso y lento, conduciendo hacia la mar el comercio y la industria: la pobre niña sentía todo esto; pero ella tendría en vez de estos placeres, buenos corazones que la amarian: ella tendría la ternura, este dulce sol del alma, que no es el sol que vivifica la materia, pero que sin embargo, es el único cuyo tibio calor puede hacer olvidar el poderoso y fecundo calor de otoño.

La hora de entrar en clase había llegado; Justino bajó para abrir la escuela á sus diez y ocho muchachos.

La joven quedó sola con la niña.

Quiso vestirla: pero Mina saltó del lecho ligera como un pájaro, y se vistió en un instante, queriendo probar á su hermana que no era tan pequeña como parecía, y que haría lo posible por ser lo menos molesta á los que la habían recogido.

Quando acabó de vestirse la niña, pasó á la habitación de la madre para rezar sus oraciones y almorzar.

En tanto que se trató del rezo, todo iba bien: la niña sabía todas las dulces plegarias de la infancia, actos de fe, actos de gracias, actos de amor.

Pero cuando llegó el desayuno, la pobre Mina sufrió un triste desengaño.

Quando tenía apetito en casa de Mad. Boivin bajaba al jardín; si era en estío, cogía frutas y comía su pan con albaricoques, fresas, cerezas ó ciruelas; si era en invierno, iba al establo ó al gallinero; en el establo encontraba leche

tibia, que ella misma ordeñaba á la vaca favorita; en el gallinero encontraba los huevos aun calientes, que cogía bajo el vientre de las gallinas.

Mina no tenía pues idea de que se pudiese comer otra cosa al almorzar que leche, frutas ó huevos.

En París no sucedía lo mismo.

Toda la familia almorzaba todos los días este repugnante liquido, que se ha convenido en llamar café con leche; ¿por qué? no lo sabemos, puesto que entra en el abominable brebaje que sometemos al análisis de los sabios, mucha más agua que leche, menos café que achicoria.

Y no es que se ignore esto, no; todo el mundo lo sabe: ofreced verdadero café á los ochocientos mil consumidores de París, y rehusarán; os dirán que el café es ardiente y que la achicoria es refrescante.

Sea; pero al menos decir: «Yo almuerzo achicoria con leche,» y diréis la verdad.

Pero no; hay empeño en demostrar que se toma café; porque el café no se cultiva en Montmartre, en tanto que se puede encontrar achicoria en muchas más partes que en Moka, la Martinica, ó las islas de Borbón.

Si el tilo no floreciese más que en Pekín, si el té no se cultivase más que en París, los suizos harían venir té de París, y los ingleses, los franceses y los rusos el tilo de Pekín.

Tal es nuestra opinión al menos.

Toda la familia tenía pues la melancólica costumbre de almorzar una taza de este licor refrescante; y si alguno de nuestros lectores, interesado en llegar al desenlace, en virtud del principio de Horacio *ad eventum festina*, toma las precedentes líneas por una digresión, vamos á tranquilizarle al momento, diciéndole que es sencillamente una

pieza justificativa redactada en favor de Mina, á fin de que no se la impute á capricho el profundo disgusto que va á manifestar por el café con leche de Mad. Corby, del hermano Justino, y de la hermana Celeste.

Apenas hubo puesto una cucharada del liquido en su boca, cuando la arrojó súbitamente. Los tres convidados creyeron que se había quemado.

No era esto.

Es que encontraba el liquido horrible, insoportable.

Aunque se la juró que aquello era leche no lo quiso creer.

No por terquedad, ciertamente; era porque la pobre niña acostumbrada á ordeñar ella misma la vaca negra y blanca, creía conocer de buen origen el verdadero gusto de la leche.

— Entonces, dijo la graciosa niña por deferencia á la triple afirmación de sus protectores, es que hay leche de París y leche de la Bouille.

Esta era verdad tan incontestable, que ninguno de la familia trató de combatirla.

Apresurémonos á decir que al día siguiente, viendo Mina que se habían hecho más sopas para ella, procuró dominar el horror que la inspiraba la bebida que le presentaron la vispera, y la tomó con un heroísmo que le merece toda nuestra admiración.

El desayuno no fué la única cosa que le extrañó en la triste casa. Todo la sorprendía; el papel obscuro de la alcoba de la hermana, las cortinas de la habitación de la madre, el aspecto grave del maestro de escuela, su voz, su traje negro, sus viejos libros amarillos, todo le parecía sombrío, hasta el violoncelo, que la hizo prorrumpir en llanto la primera vez que le oyó desde su cama, á las diez de una noche triste y silenciosa.

Por lo demás, gracias á su excelente organización, el pesar que esto le causaba no era muy profundo, imaginándose que puesto que ella no conocía más que la vida del campo, era posible que en la ciudad todo el mundo viviese de esta manera austera.

En virtud de este razonamiento, resolvió en su interior someterse en todo á la vida medio monástica de la casa.

Pero, pobre niña de los prados y las llanuras, aprisionada entre cuatro húmedas paredes, prometía más de lo que podía cumplir; ella no tenía ni temperamento ni edad para conformarse á esta triste regla: sus ojos eran demasiado vivos, su sangre era demasiado joven y ardiente, su fresca voz demasiado clara, para que pudiese decir de repente á esta voz matinal y bulliciosa como la de la alondra, que enmudeciese; á esta sangre, ardiente savia de la juventud, que se calmase; á sus ojos, dulces estrellas de su corazón, que se extinguiesen ó no brillasen más que á medias. Se le escapaban á pesar suyo inocentes sonrisas alegres y armoniosas, y se esforzaba, aunque en vano, en reprimir estos tesoros de alegría infantil que albergaba en su alma.

Un día que, arrancando las hierbas que brotaban en el patio húmedo y sombrío de la casa cantaba á media voz el ritornelo de un aire de su país, Celeste apareció á la ventana; á su vista la pobre Mina dejó caer de sus manos el cuchillo con que arrancaba la hierba, se puso pálida, y empezó á temblar.

Excederse á su ver de este modo, le pareció una profanación tan monstruosa, como la de haber hablado alto en una iglesia.

Otra vez que sola en la habitación del maestro de escuela, la cual se recordará que era al mismo tiempo la

clase, arreglaba los viejos libros que hablaban una lengua desconocida, y á la que tenía tanto respeto, apercibió en un rincón un violoncelo que Justino no había tenido tiempo de guardar en la caja.

Hacia tiempo que aguardaba la ocasión de encontrarse sola, y frente á frente con este instrumento.

La ocasión había llegado, y en aquel momento se hallaba combatida por dos opuestos sentimientos.

Por una parte, la impresión que había experimentado la primera vez que oyera sus melancólicos sonidos, la había animado contra él de una especie de rencor que no hubiera tenido dificultad en manifestar resueltamente.

Por otra, vivamente atraída por una curiosidad análoga á la que hace desear á los niños que les enseñen el *coco* encerrado en un reloj, tenía empeño en saber lo que sucedería cuando pasase el arco sobre las cuerdas del violoncelo.

Difícil la hubiera sido decir cuál de estos sentimientos, el de la curiosidad ó la venganza, dominaba en su alma.

Nosotros, que tenemos cinco veces su edad, no dudamos en creer que era la curiosidad; y lo dudamos tanto menos, cuanto que el resultado dará la razón.

Cogió pues con la punta de sus dedos el arco que estaba sobre una silla, y aproximándose timidamente al violoncelo, comenzaba ya á producir un sonido ronco, cuando el maestro de escuela, que había olvidado un papel sobre la mesa, abrió la puerta y apareció bruscamente en la habitación.

¡Nunca, querido lector! ¡jamás, amiga lectora! ¡jamás, desde la primera pecadora cogida infraganti por el ángel guardián del Paraíso, se han cubierto unas mejillas de rosa de un bermellón más claro!

El corazón de la pobre niña palpitaba como el corazón de un pájaro herido.

Fué preciso, para tranquilizarla, que Justino, sonriendo, la tomase la mano y la hiciese casi á la fuerza pasar el arco por las cuerdas.

Peró la emoción que experimentó fué tal, que cambió en odio profundo la simple antipatía que la huérfana tenía al pobre instrumento.

Os llamábamos antes *amiga lectora*, ¡oh lindos ojos que recorréis nuestra historia! ¡y sabéis por qué? ¡Sabéis por qué os acariciamos así con nuestros más dulces epítetos? Porque sois á título de mujer, apta á las tiernas emociones, y queremos que uséis de vuestra influencia con nuestros lectores, que demasiado impacientes, opinan que nos entretenemos en hacer idilios.

Dejadnos abrir al terrible drama que escribimos esta puerta perfumada y florida de la juventud; demasiado pronto llegaremos á las pasiones de la virilidad, y á los crímenes de la edad madura.

¿No es cierto, amiga lectora, que nos permitís que os conduzcamos por algún tiempo á través de los prados esmaltados de flores, al ruido de los pájaros que cantan, y de los arroyos que murmuran?

Estos rasgos y otros semejantes, lejos de indisponer contra Mina á su familia adoptiva, no hacían, al contrario, más que confirmar á Justino y á su hermana en la buena opinión que tenían del corazón de la huerfanita; en lugar de reprenderla, la animaban á seguir los impulsos de su carácter encantador, que difundía algunos rayos de alegría en la casa: hubieran querido hacer de todos sus trabajos un placer, de todos sus días una fiesta; sabían harto bien estos corazones puros que la infancia es un domingo eterno.

Peró la madre era ciega; la hermana enfermiza; los tres desgraciados,

Ellos no podían hacer más que comunicar su tristeza á la niña; esta fué quien por la gracia de Dios les comunicó su alegría.

Adquirió tal imperio en la casa, que esta mansión desnuda y desolada pareció renacer á la vida, así como renace la naturaleza al salir del invierno, y poco á poco, bajo una savia invisible, volvieron las hojas y las flores.

El maestro de escuela, á pesar de los esfuerzos del anciano profesor, y aunque según la expresión de éste, se hubiese *codeado con el mundo*, el maestro de escuela había sucumbido en esta lucha entre su conciencia y sus gustos; entre su deber y sus deseos; se había marchitado, como predijera Mr. Muller, en medio de la primavera de su juventud; en tres años había envejecido como si hubiesen pasado diez.

No sucedió así á Mina; á su contacto, la familia se rejuvenecía. ¡Es cualidad, en efecto, de la imprevisora infancia, revivir y rejuvenecer todo lo que toca; por donde quiera que va su blanca vestidura, la hierba crece, brotan las flores!

Hace dos años apenas que Mina formaba parte de la familia del maestro de escuela, y ya la casa había sufrido una transformación completa.

Una vez había ido á pasearse á Montrouge, y en esta llanura árida encontró medio de descubrir algunas margaritas y violetas salvajes.

Las cortó, las llevó á su casa, y Mad. Corby se conmovió profundamente al sentir bajo su mano dos jarros de flores que le recordaban este sol que no podía ya ver.

Otra vez, eran rosas que un jardinero de la vecindad le